

1. «HUELLAS DE EXPERIENCIA CRISTIANA»

«¿Qué te ha traído aquí? ¿Qué es lo que te liga a esta experiencia?»

Al empezar la secundaria superior abandoné el movimiento. Lo hice porque no veía ahí nada que me perteneciese, me sentía «un extraño» en mi vida. A partir de ahí, el deseo de escapar y de alejarme de todo y de vivir según mis reglas. Pero por desgracia, desde mi punto de vista, si no me doy una bofetada no me doy cuenta. De hecho, con 16 años me di cuenta de que me la había pegado y bien. Y muy fuerte. Me di cuenta de que mi vida había rozado ligeramente el fondo. Pero luego sucedió algo, no una iluminación, una visión o quién sabe qué otra cosa espiritual. Simplemente conocí a algunas personas. Estas personas a las que conocí me hicieron ir hasta fondo de mi humanidad, y me ayudaron a ser consciente de que Dios me había dado el don más grande del mundo, la libertad. Esas personas permitieron que yo me equivocase, porque estaban seguras de que me daría cuenta en lo más hondo de que me faltaba una nota de amor, algo que me reclamaba a un bien más grande. Allí comenzó mi experiencia. Pero este encuentro no es la receta de la felicidad, sino el comienzo de un camino en donde nunca hay que bajar la mirada, como afortunadamente me ha sucedido a mí, porque es una búsqueda continua que no termina nunca.

He vivido un verano a tope. He tenido la ocasión de vivir la vida de forma «verdadera», desde mi punto de vista, incluso en encuentros cotidianos sencillos que me ponían delante »

» de un modelo de vida, de un modo de estar frente a la realidad, frente al cual no he podido y no he querido permanecer indiferente. Podría decir que he vivido casi las perfectas vacaciones “ciellinas”. Entre vacaciones de la comunidad, viajes, veladas, Meeting, prácticamente no he parado. Sin embargo, al final de cada uno de estos planes algo me pinchaba por dentro, un poco de nostalgia, pensaba yo, o nada, será «la típica añoranza».

Pero después, la vuelta a casa. Creo que ha sido una de las peores vueltas a casa después de las vacaciones. No era nostalgia, no era la falta de algo, no era un vacío. Era una vorágine, una herida tan grande, un grito tan fuerte que no he podido acallarlo. Todos esos vacíos que había acumulado durante el verano me estaban asaltando, y entonces me di cuenta de algo: hacía muchísimo que no rezaba una oración, pero no un *Ave María* o un *Padre Nuestro*, NO, una oración verdadera, un diálogo con el Señor, un momento en el que me pusiera cara cara para comprender quién soy. Quizá en estas vacaciones he hecho de “todo”, pero me he perdido a mí mismo. Porque sin Cristo, este TODO se convierte en un vacío. De hecho, como Él me da todo, igualmente me pide todo. Me he dado cuenta de que estaba viviendo el cristianismo “sin” Cristo. La primera cosa que yo había encontrado era Su presencia, pero después me he topado con tantas cosas que me he olvidado de Él. ¿Cómo puedo vivir el movimiento sin olvidarme de Él? ¿Cómo puedo mantener viva Su presencia en mí?

Andrea, Milán